

abandonase con sus propias fuerzas. El
rey estuvo muchos días inconsolable. Pre-
senciando también con el rey la pre-
sencia muerta de su esposa.

La madre de Calisto desde que par-
tió su hijo había caído en una melancolía
profunda que le cerró una entereza; era
entonces la reina en las puertas del se-
ñor; un día cuando llamó al anciano de
la gruta y le dijo:

— ¿Cómo he sabido que la lámpara que
alumbraba al mundo se había caído y
había quedado en la oscuridad? ¿Cómo
había caído en una profunda oscuridad, a pesar
de la luz que brillaba en el espacio? ¿Por
qué se caía a mi hijo? ¿Qué había caído
este niño?

— Madre de la reina, vuestra hija no es
de la gruta; el anciano de la gruta
no es el que os habla; la madre, volved
la cabeza y mirad.

El Lucero de Málaga.

El Lucero de Málaga.



Si los lectores no lo saben, es menester que lo sepan. Málaga es un puerto de España, situado en la costa del Mediterráneo, y el puerto más bonito, más concurrido, más alegre de la Península, excepto Cádiz.

Málaga tiene fama por sus buenos vinos, por sus pescados, por mil cosas; pero más que todo, por las muchachas que produce su suelo, más hermosas que las flores, más gallardas que las palmas, más sabrosas. . . . que el mismo vino de Málaga, que es cuanto hay que decir.

Entre las lindas hijas de Málaga, había una más linda que todas; y no era, sin embargo, un prodigio, como podrá juzgarse de su retrato. Ojos picaruelos y ne-

gros, que cuando miraban despedían rayos; boquita con sus labios encarnados y suaves; nariz.... su nariz era como todas las narices, que no son corcovadas, ni sumamente agudas, ni defectuosamente chatas. Las mejillas de Paquita, que así se llamaba la malagueña, eran primorosas. La salud, la frescura, la juventud, estaban rebotando en ella, sin hacer mérito de lo más gracioso, es decir, de dos hoyuelos donde un poeta clásico habría albergado un nido de Cupidos. Si á estas facciones del rostro de Paquita se añade un pelo negro, lustroso, delgado y abundante, y una tez apiñonada, tendremos un conjunto muy agradable.

Paquita, como además de todo esto tenía diez y seis años, un talle de abeja, un aire garboso, un aquello..... un "no sé qué" en su voz, en sus movimientos, en la expresión de su rostro..... Paquita no era despreciable; y examinándola con más detención, se hubiera podido también admirar en ella un pie de niña y una pantorrilla torneada. ¿Qué autor de romance pinta á su heroína con un pie inglés?

II

La historia de Paquita puede contarse en dos palabras. Su padre era un atrevido marinero, y su madre una honrada paisana:

ambos idolatraban en Paquita y procuraron darle una educación esmerada. Le enseñaron de niña á rezar, á coser, á bordar y á leer; pero cabalmente lo que no enseñaron á Paquita fué lo que mejor aprendió; más claro, Paquita bailaba primorosamente á los doce años, y día por día aumentaba en este ramo su talento, hasta el grado de que muchas gentes honradas aconsejaban al padre y á la madre que llevara á Paquita al teatro de Cádiz ó de Madrid, y que haría una gran fortuna, ó se transformaría en una duquesa ó marquesa, porque los duques y marqueses de Europa siempre han gustado del baile muchísimo. Ya se deja entender que á los quince años Paquita era un primor; tanto, que todos los mancebos más guapos del puerto la llamaban el Lucero de Málaga, y todos aspiraban á ser, no sólo sus adoradores, sino sus maridos. ¡Pobre Paquita! Si á veces suele salir malo un marido, ¿qué será cuando se trate de muchos? Desde que nació hasta los dieciséis años, Paquita había pasado una vida completamente feliz; pero la vida, como el mar, tienen sus variaciones continuas; y además, si la historia de Paquita no tuviera más incidentes, aquí acabaría mi penosa tarea.

III

La noche del cumpleaños de Paquita, que era nada menos que el día de Santa Genoveva, pues se llamaba María Josefa Genoveva, hubo en casa del viejo marinero un lucido baile, y á él concurrió lo mejor de la juventud marinera de Málaga. Figúrese el lector á Paquita vestida de curra, con su corpiño de seda entallado perfectamente, y que dejaba lucir á las mil maravillas su cintura de abeja: su traje apenas le llegaba al tobillo, y sus pies ligeros apenas tocaban el pavimento, y luego bailó boleras y fandango... ¡Jesús! Quien hubiera asistido al baile y contemplado despacio tanto hechizo y tanta perfección, habría confesado que había mucha razón en llamar á tan primorosa criatura el Lucero de Málaga. El baile estuvo magnífico: la pompa regia de un trono era nada junto á la casa del marinero. No había diamantes ni grandeza real; pero los ojos, la sonrisa, las gracias de Paquita valían un mundo entero. Se cantó, se bailó, se bebió alegremente, todo en celebridad del cumpleaños de la muchacha.

IV

Paquita esa noche era completamente feliz. Estaba bailando, y esto basta para formar la felicidad de una mujer; pero el diablo, que en todas las cosas se mezcla, quiso dar otro giro á la vida de Paquita. Como decíamos, el diablo metió tan terribles celos en el corazón de dos de los manebos que asistían al baile, que en el discurso de la noche buscaron mutuamente la ocasión para entrar en una riña. Como los dos eran robustos, y jóvenes, y vigorosos, y les hervía la sangre en las venas, encontraron fácilmente ocasión de venir á las manos; y los acentos dulces de las guitarras fueron interrumpidos repentinamente por furiosos gritos y maldiciones. Todo se puso en movimiento, y la confusión más horrenda siguió inmediatamente. Varios de los concurrentes procuraron ayudar á separar á los contendientes; pero ¡ah! buena empresa es querer tranquilizar la sangre española. Algunos de los contendientes tenían armas, y la sangre corría por el patio de la casa. En medio de esta confusión apareció un hombre de talento, un varón justo que se llamaba Pablo. Confesaba y comulgaba cada ocho días, no levantaba los ojos del suelo, y Paquita solía darle al-

gunas veces una palmadita en el hombro, llamándole con voz meliflua, Luisito Gonzaga. Ese varón justo, que vió que todos se herían y se mataban, que ninguno se entendía, que la madre clamaba á los santos del cielo, que el padre procuraba con todos sus esfuerzos aplacar la tormenta, y que Paquita, pálida y casi sin vida, yacía desmayada en el suelo, tomó el mejor partido para cortar disputas y poner en paz á todos. ¡Oh varón sabio! y cuánto te asemejas á nuestros hombres públicos, que cuando menos se piensa dan un golpe de alta política.

V

Los lectores tendrán curiosidad de saber lo que hizo Pablo. Pues les diremos en una palabra, que el golpe de alta política que dió Pablo, fué robarse á la muchacha. Envolviola en el primer lienzo que encontro, echó sobre sus fuertes hombros su preciosa carga y con la mayor calma del mundo salió de la casa y se encaminó al puerto. Por el extremo opuesto venía ya ahogándose la justicia á poner fin á la tragedia. La justicia, que es en los casos graves inexorable, sentenció que todos debían ir á la cárcel; y buenos y sanos, y lastimados, que eran los más, en el mejor orden fueron dispo-

niéndose á obedecer. Entonces la madre, con voz dolorida y echándose de rodillas ante los alguaciles, exclamaba:

—Mi hija Paquita no, el Lucero de Mála no va á la cárcel.

—Pero ¿quién es Paquita? adónde está? respondieron los ministros de justicia. Entonces comenzaron á buscar por todos los rincones, por todos los lugares imaginables, hasta en los agujeros de las cerraduras. Paquita, debe suponerse que no pareció, y nadie, nadie se atrevió á pensar mal del virtuoso Pablo. El padre furioso quería estrellarse la cabeza contra las paredes. La madre cayó sin sentido, exclamando: mi hija, mi pobre hija, ¿dónde estás?—Una madre es tan buena y tan amorosa con sus hijos.....

VI.

Pablo, que parece que tenía meditado el lance, y que era hombre de expedientes infinitos, consideró que el desmayo de Paquita podría pasar pronto. Así, para prolongarlo, sacó un pomito de la bolsa, é hizo tragar á Paquita algunas gotas: después depositó su carga á bordo de un buque francés que iba á darse á la vela para el Archipiélago; y muy tranquilo con el buen éxito de su empresa, se retiró á su camarote á dormir.

A la mañana siguiente despertó Paquita, se restregó los ojos, miró como espantada á todas partes, tentó con sus manitas torneadas el camarote y la débil tabla de madera que la separaba de las ondas; después, exhalando un suspiro se alzó el cabello negro, que en graciosas ondas caía sobre su frente y mejillas, y lanzando un profundo gemido, cayó de nuevo en la tosca almohada, cubriendo con sus manos sus negros ojos que se cerraron patulatinamente. A poco, Paquita se levantó de nuevo; pero con un vigor desusado en una muchacha, gritó: ¿dónde estoy? ¿qué infamia se ha cometido conmigo? ¿dónde está mi padre y mi madre?... ¡Oh! pronto, pronto volvedme á mi casa. El virtuoso Pablo estaba de rodillas delante de Paquita, confuso, atemorizado, y temblando como el reo ante su juez.

—Vamos, Pablo, dime por qué estoy aquí, repitió la muchacha con voz imperiosa.

—Estás aquí, Paquita, porque te he salvado la vida por un milagro de la Providencia: sí, te he arrancado de las manos de los asesinos. Si por esta buena acción quieres maldecirme, todo lo sufriré con resignación; pero jamás, jamás me arrepentiré de haber obrado bien. Esto le decía el mancebo con un acento de verdad tan grande, que Paquita lo creyó por un momento. Había también la circunstancia de que Pa-

blo no era un joven del todo despreciable. Rollizo, con unas mejillas encarnadas, unos ojos melancólicos y rasgados, una dentadura de marfil, parecía una de esas buenas pinturas con que los maestros españoles han inmortalizado su nombre.

Paquita algo más tranquila, pudo preguntar á Pablo, adónde iban.

—Al archipiélago, contestó éste.

—¡Al Archipiélago! repuso Paquita azorada; ¡oh! no. Ese debe ser un lugar horrible: yo quiero volver á mi casa á vivir con mi padre, con mi buena madre.

—Tus padres están muy seguros, Paquita hermosa, y pronto volverás á verlos; mas por ahora es preciso ir al Archipiélago. Es un país muy hermoso, que pertenece á los griegos, y también puede ser que veas á los turcos.

Paquita no, muy satisfecha con las explicaciones geográficas de Pablo, permanecía silenciosa, y éste con la más dulce voz procuraba persuadirla que el Archipiélago era un jardín. ¡Oh! yo no quiero ver á los turcos ni á los griegos; quiero ir á mi casa, á mi puerto de Málaga, mis españoles queridos. Paquita se puso á llorar como una niña.

Todo el día se pasó en estas explicaciones: á la tarde, como el viento estaba fresco, la mar tranquila y el cielo despejado y azul, Paquita consintió en subir sobre cu-

bierta. El capitán, el piloto, hasta los muchachos grumetes se encantaron con ella y se disputaban la honra de adivinar sus pensamientos. El virtuoso Pablo estaba devorado interiormente de fuertes celos.

VII

La "Cornelia", que así se llamaba la fragata francesa en que navegaba la linda malagueña, además de tener un nombre histórico, era muy velera, y cuando el viento refrescaba un poco, la "Cornelia" extendía sus alas y volaba sobre la superficie de las aguas como un pájaro fantástico. Paquita, triste unas ocasiones, alegre otras, llorando cada vez que se acordaba de su patria y de sus parientes, iba pasando los días y ningún incidente digno de atención ocurrió. En la isla de Malta se detuvo dos días la "Cornelia" para hacer agua y provisiones frescas, y siguió su viaje sin que Paquita por nada de este mundo hubiese consentido en bajar á la tierra de los famosos y renombrados caballeros.

El capitán de la "Cornelia," por miedo de los piratas, turcos y griegos, no enderezó la proa al mar Jónico, sino que siguiendo el Mediterráneo costó la isla de Candia, dobló el cabo de Salomón, y entró al Archipiélago por entre las islas de Scar-

pando y de Rodas. Mas todas estas islas, bahías y puertecillos de la costa del Asia, son otros tantos nidos de piratas, y la "Cornelia" se vió impensadamente rodeada de enemigos. Apeló á sus alas y logró salvarse por aquel momento y ponerse fuera del alcance de sus perseguidores. Pablo comenzó á pensar seriamente que su situación era bastante crítica, y que en un momento de desgracia podía un desalmado pirata robarle á su preciosa alhaja. Como hombre de resolución, resolvió declararse en la noche misma, y de grado ó por fuerza hacer que Paquita uniese su destino al suyo.

La noche que escogió para poner en planta su determinación, era una de esas noches claras, limpias y hermosas, en que las estrellas del cielo se retratan en las aguas de la mar.—El viento perfumado de las islas griegas venía de vez en cuando á bañar el rostro de la muchacha; y Pablo, sin acordarse ya del riesgo de los piratas, respiraba el aliento de la malagueña y bebía en sus ojos un mundo de ardientes ilusiones. Pablo no era un mozo vulgar; había recibido esmerada educación; y sea dicho de paso, tenía el dinero necesario para sufragar los costos de un rapto, y además la pica de erudito.

—Mira, Paquita, con la luz del día verás las tierras más poéticas del mundo. Por es-

tas islas anduvieron largos años los dioses, y Vénus, y Vulcano, y Psiquis y Hebe, y otra porción de muchachas alegres tuvieron sus aventuras amorosas. Después verás á Atenas y á Tebas, y el paso de las Termópilas, donde los griegos se portaron como nosotros en el sitio de Zaragoza.

—¿Pero qué se han hecho esas diosas y esos dioses, que ahora por rareza los oigo nombrar? preguntaba Paquita con mucho candor.

—Se murieron todos, Paquita, respondió Pablo: sólo Dios y la Virgen de Atocha son inmortales, contestaba Pablo con tono sentencioso.

La conversación concluyó, como todo lo de este mundo concluye, y Paquita se retiró á su camarote y Pablo al suyo.

VIII.

Hasta ahora, querido lector, he sido tan clásico que te abré cansado.... Perdóname; mas las cosas exigen que comience yo en el estilo romántico.... Perdóname también.

Eran las altas horas de la noche: todo estaba en silencio á bordo de la "Cornelia," y aun el timonel y el vigía de cuarto, desempeñaba con el mayor silencio sus ocupaciones. Pablo, que observó este estado

de tranquilidad, se levantó, y de puntillas se dirigió al camarote de Paquita.... ¡Oh! los momentos en que un amante pone en planta sus proyectos, son indescriptibles....

—Eres un miserable, un hipócrita, un infame, Pablo, exclamó Paquita, cuando despertando vió al mancebo junto á su lecho. Ahora conozco tu infamia y tu maldad, y te voy á castigar arrojándome al mar.... ¡Oh! madre mía, madre mía, ¿dónde estás?—Todo este pleito amoroso, quién sabe dónde hubiera ido á parar, si un estruendo, gritería y alarma espantosa, no se hubiesen notado en el buque.

—¡Aquí, aquí mis muchachos!; gritaba con voz estentórea el capitán.

Los marineros obedecieron al momento, y el capitán se halló rodeado de sus muchachos.

—Bien: ahora arriba, violentos, y echen hasta las alas y las arrastraderas; les prometo que estaremos en la isla de Milo antes de que estos pícaros nos puedan alcanzar.

Los marineros obedecieron la orden, y un momento después la "Cornelia" volaba sobre los mares. Pablo, interrumpido tan bruscamente en su tentativa, subió asustado á cubierta.

—¿Qué hay, capitán, qué hay...?

—Bucr... le respondió el capitán señalándole dos buques con el velamen negro, que se acercaban con rapidez..... Pablo cayó anonadado en un banco.

—Capitán, capitán, le gritó Paquita: ¿qué es? qué es, por todos los santos del cielo?

—Nada, hija mía, nada. Te prometo que antes que estos perros pongan un dedo sobre uno solo de tus cabellos, yo y toda la tripulación habremos desaparecido..... Sacr... un marino francés jamás deja que impunemente le roben una carga tan preciosa....

Los dos buques de velamen negro se acercaban más á la "Cornelia."

IX

La "Cornelia" era una buena fragata mercante; pero no pasaba de ahí, y todo su armamento consistía en un par de carronadas y unas cuantas docenas de picas de abordaje y sables marinos. El capitán francés, perdiendo toda esperanza de escaparse, mandó aferrar las velas y se dispuso á resistir. Los piratas eran dos buquecillos ligeros como las gaviotas, y de diez cañones por banda. El combate se trabó á pocos momentos.

Un combate en la mar es horroroso. Pa-

quita no lo vió: sumergida en el fondo de su camarote oyó las detonaciones de la artillería, el choque de las armas, las maldiciones de los combatientes, y los ayes de dolor de los heridos. A tanto estrépito, gritaría y confusión, sucedió un profundo silencio, y á poco esos turcos y esos griegos que tanto temía ver Paquita, entraron á saquear y á registrar hasta la cala del buque. Entre los efectos que tomaron de más valía, puede enumerarse al Lucero de Málaga. A Pablo lo encontraron en una bodega poniendo una mecha á un barril de pólvora. Cuando subió Paquita á cubierta, volvió en sí del sopor en que había estado durante el combate; y al recorrer sus ojos la cubierta del buque llena de cadáveres y de heridos, no pudo menos que derramar una lágrima por el valiente capitán francés, que yacía cubierto de heridas. Al virtuoso Pablo le pusieron una soga al cuello, y lo izaron hasta la punta del más alto palo de la "Cornelia." Embarcaron en una lancha á los cautivos, y un capitán pirata griego cuidó de llevarse á Paquita.

X

Todo el que lea esta fiel y verídica historia, creerá que Paquita se desmayó. Pues nada de esto. La muchacha conservó ca-

bales sus cinco sentidos, porque la misma naturaleza da en estas ocasiones fuerzas casi milagrosas. La goleta pirata puso la proa al interior del Archipiélago, desplegó sus velas, y antes de seis horas de navegación, avistaron la isla de Policandro. Allí era la mansión del pirata. En el declive de una colina cubierta de césped había una casa, en cuya construcción se podía notar la pura y sencilla arquitectura de la Grecia. Frente de la casa había un estanque de agua cristalina, poblado de los peces de escamas de oro, plata, y esmalte del mar de Mármara; y casa y estanque estaban rodeados de bosquecillos de sicómoros, de acacias y de laurel-rosa. Cualquiera que hubiese visto esta mansión tan bella, tan tranquila, tan feliz, hubiera creído que pertenecía á uno de esos filósofos de la antigüedad, y no á un hombre cuya vida era el combate y el peligro. Apenas observaron del mirador de la casa que se acercaba la "Epaminondas," que era el nombre de la temible goleta, y que recordaba la memoria de uno de los mejores y más valientes guerreros, cuando la familia toda del capitán salió á la playa á recibirlo. Los esclavos y marineros se ocuparon de descargar la goleta, y la familia de abrazar tiernamente al pirata. La familia se componía de un joven como de veinte años, de tez fresca, y de esa bellísima y varonil fi-

sonomía que distingue á los hijos de la Grecia. Se llamaba Apolodoro: Eufora, su hermana, tenía dieciseis años, y su hermosura podía compararse á la de las ninfas que salían del fondo argentino de las aguas, para asistir á los banquetes de los dioses y alegrar sus amores y festines. Sus ojos eran rasgados, su nariz de esa forma griega, su tez suavísima, sus formas todas delicadas, redondas y de simétricas proporciones. Eufora tenía en sus miradas una cierta expresión de tristeza, en su sonrisa una dulce melancolía, y en su andar un abandono encantador.

Luego que el pirata puso el pie en tierra, sus dos hijos se le colgaron del cuello besando su frente lo condujeron á su habitación, donde á pocos momentos fué presentada Paquita.

XI

La luz, el clima, el cielo de la Jonia, hicieron nacer en Paquita una sensación que no había conocido: el amor. Al cabo de los dos años de habitar la isla de Policandro, de haber aprendido la música, el idioma y la historia de la Grecia, Paquita estaba perdidamente enamorada de Apolodoro, y el joven ardía igualmente en una devoradora pasión. Eufora quería á Paquita como

á su hermana, y el viejo pirata la contaba ya entre su familia; así, á la primera indicación, el enlace fué determinado, así como el de Eufora con otro joven de la isla de Milo.

XII

El día fijado para el enlace de las dos muchachas, todo era júbilo y regocijo. Multitud de doncellas de las islas vecinas habían venido á asistir á las bodas. La casa estaba regada y adornada con guirnaldas de flores: las ovejuelas peinadas, y con sus vellones más blancos que la nieve, triscaban por la colina, y hasta los peces de la fuente parecía que tomaban parte en el gozo de su señor. Iban á renovarse en esta ceremonia las escenas llenas de poesía y de sencillez de los tiempos antiguos. La mañana se pasó en los preparativos, y la hora de la caída del sol era la destinada para la celebración de la ceremonia. Paquita estaba encantadora: había reemplazado sus vestidos malagueños por el traje de las griegas, y los dos años de amor y de ese inefable bienestar que produce el clima de la Jonia, habían desarrollado sus formas, dado á su tez un color rosado primoroso, y á sus fogosos ojos un brillo mágico é indefinible; pero ese día justamente en que

iba á tocar la felicidad, el recuerdo de sus padres que tanto la amaban, vino punzante y terrible á oprimir su corazón. Ocultó su tristeza al novio; pero al tiempo de adornarse ella y Eufora, regaron con lágrimas las adelfas y las azucenas que embalsamaban el tocador.—El sol iba declinando, sus rayos de fuego encendían las aguas del mar, y la brisa de la noche que comenzaba á soplar, traía los perfumes de la isla de Chipre, de Samos y de Cos, como si aun hoy, tiempos de desgracia y de duelo, los dioses tuvieran fijada la mansión en la patria de Homero.

En la morada del pirata se encendían las luces de los pebeteros de plata, se elevaban débiles columnas de humo, la música comenzaba á preludiar sus armonías, y las risas de placer se escuchaban en aquellos bosques floridos de acacias y de mirtos. Un criado entra, habla en silencio con el pirata, que estaba recostado en un rico diván de damasco. Las facciones del pirata se desencajan: una amarga sonrisa vaga por sus labios: se levanta y sale precipitado en unión del criado. Los que observaron esta escena, quedaron helados de pavor, pues conocían que alguna cosa terrible iba á pasar. El pirata y el esclavo se dirigieron en silencio á una roca escarpada, situada en la orilla de la playa, y allí con la vista penetrante de marineros registraron el horizonte.

—No cabe duda, ellos son, dijo el pirata, y dentro de una hora habrán llegado aquí.—Con paso firme bajó de la roca, se dirigió á sus cuarteles, dió sus órdenes, y con una fría calma se sentó otra vez en el diván, murmurando entre dientes: arruinado, arruinado; mis gentes no están aquí! La goleta “Epaminondas” había salido pocos días antes con lo mejor de la gente de la isla de Policandro.

XIII

En efecto, pasada una hora el aspecto de la isla había cambiado enteramente, la música había cesado, las luces se apagaron, y sólo turbaba el silencio triste uno que otro sollozo ahogado que salía probablemente del pecho de Eufora y de Paquita.

Seis galeras turcas abordaron á la isla, y de ellas brotaron multitud de hombres armados y del aspecto más feroz. Comenzaron á desembarcar en la playa sin oposición alguna; mas apenas una mitad lo había verificado, cuando de las alturas vecinas recibieron un fuego horroroso de fusilería.

—¡Fuego, fuego! repitieron los piratas turcos, y acabando de desembarcar contestaron con otra descarga, avanzando rápida-

mente con espada en mano hacia la casa situada en la falda de la colina, y la cual conocen ya los lectores.

—¡Mis hijas, mis hijas!—gritó una voz de trueno, y descendiendo de las alturas, en unión de la gente que guarnecía, corrió el pirata griego al alcance de sus enemigos.

En una altura suave y tapizada de césped, que conducía al pórtico de la casa, se trabó la más horrible y encarnizada lucha que pueda imaginarse. Los griegos defendían su vida con desesperación: los turcos atacaban, resueltos á morir ó vencer, porque no tenían ya más arbitrio.

Pasaron veinte minutos . . . veinte minutos horribles en que los aceros se chocaban con estrépito, arrojando chispas: en que las maldiciones de rabia y los ayes de dolor se confundían: en que la luz del fogón de un fusil ó de una pistola disparada, alumbraba los cadáveres mutilados, las cabezas palpitantes, los arroyos de sangre que descendían enrojeciendo el verdor de aquel risueño césped, donde por la tarde se habían impreso las huellas delicadas de Eufora y de la linda hija de Málaga. La gente del griego era valiente y decidida, pero muy poca, como se ha dicho; así, después de veinte minutos, casi todos habían sucumbido ó buscado su salvación en los botes amarrados en el otro extremo de la isla. Cuatro ó cinco griegos, fieles y adictos á la fami-